

Anécdotas de niños

HERMINIO OTERO

Los niños ven el mundo con ojos de sorpresa. Todo para ellos es nuevo y tienen que encajarlo a partir de los escasos datos que poseen. Ellos lo hacen con una lógica ilógica encantadora. Por eso sus anécdotas son tan reveladoras de su mundo interior y de su búsqueda de sentido. Son un fognazo que deslumbra los ámbitos oscuros de su pensamiento.

Ofrecemos anécdotas de dos niñas, casi todas referidas al ámbito religioso o, mejor,



al ámbito de los problemas fundamentales del hombre y que dan sentido a su vida. Es ahí donde tienen éxito las aportaciones simbólicas y fracasan las explicaciones lógicas.

Las ofrecemos como ejemplo para padres y educadores. También ellos podrán estar cercanos a las personas con quienes tratan y, como en estos dos casos, sabrán escucharles y sacar de cada una de ellas lo mejor que tienen, que eso es educar.

I. CLARA

Clara, madrileña, es un cielo. Desde los tres años fue protagonista de una serie de jugosas anécdotas que tenían por tema lo religioso. Entre los cuatro y los cinco tuvo una «época escatológica» en la que estaba auténticamente preocupada con la muerte, la otra vida y el cielo. Esta época comenzó a raíz de la muerte en accidente de una prima de la madre. Clara preguntaba lo típico, en palabras de la madre: «Que cómo es que no está aquí, que dónde está...»

Y la madre le decía que «se ha ido al cielo...»

—¿Y ya no la vamos a volver a ver? —preguntaba Clara.

«A raíz de eso —dice la madre— yo creo que ella quiere comprender lo que es el cielo, el otro mundo, pues ella no es capaz de encajarlo en su esquema. Por otra parte, quiere tener una explicación lógica». Esa explicación en la que fue buscando durante una larga temporada, dando origen a lustrosas anécdotas que transcribimos según contó la madre. Incluimos alguna de cuando era más pequeña.

La foto del demonio

Clara era muy pequeña. Cuando veníamos en el coche, y como siempre, me comienza a hacer preguntas, cuenta la madre.

—¿Qué es el demonio?

Yo le contesté con el tópico de siempre:

—Es un señor muy malo, que tiene cuernos y rabo... Vive en el infierno... En el infierno hay fuego...

Y después de un rato, se conoce que no podía encajarlo y salta:

—Estoy pensando que a ver cuándo me buscas una foto de ese señor, que le quiero conocer.

«El demonio va a pasar»

Yo le dije que quien le había hablado de eso y me dijo que salía en la canción «El patio de mi casa», que habían aprendido: «... a estirar, a estirar, que el demonio va a pasar».

Al cielo en grúa y a la tierra en paracaídas

Clara era muy pequeña. Tendría tres años. Y me preguntaba que dónde estaba el abuelito, pues ella no le había conocido. Pensaba que mi padre se había muerto de que se había caído a una alcantarilla. Mi madre le había contado la historia de que una vez había caído en una alcantarilla. Había sido verdad. Una noche, estando de servicio —era policía—, habían ido los bomberos y la quitaron y él cayó allí. Estuvo mucho tiempo hasta que lo descubrieron y tuvo que ir al hospital.

Clara pensaba que se había muerto de esto. Un día me comenzó a preguntar que dónde estaba, que ella lo quería conocer,

lo quería ver... Como siempre, me lo pregunta en el coche, cuando volvemos, yo de clase y ella de la guardería.

Al pasar por delante de la ciudad de los Periodistas, había una grúa que tenía un globo de propaganda. Yo le iba hablando del cielo, que está por encima de nosotros.

Ella pensaba que podría ascender primero en una grúa. Y después, más.

—¿Y cómo es el edificio más grande del mundo? —preguntaba. Y seguía:

—Y si subimos al edificio más grande del mundo, ¿llegaríamos al cielo?

—Pues no, no llegaríamos.

—¿Porque todavía es mucho más arriba?

—Sí, mucho más arriba.

—Ah, ya entiendo... Entonces es detrás de las nubes.

Así razonaba. Y al final dijo que podría subir en un globo. Y además resumía al final toda su preocupación:

—Tengo una idea: ¿Por qué no decimos al abuelito José que se tire en paracaídas y venga a vernos?

Los huesos del alma

Clara estaba muy preocupada con lo de la muerte a raíz de la muerte de mi prima, que murió de accidente.

Estaba aquí mi madre y yo bajé a un recado. En ese momento llamaron por teléfono diciendo que había muerto mi prima. Cuando llegué encontré a mi madre al teléfono, llorando...

Había ido a París y habían estado en casa dos semanas antes pidiendo información. A mí me impresionó muchísimo. No lo pude evitar y lloré muchísimo y de una forma convulsiva. Clara se quedó impresionada de cómo reaccionamos mi madre y yo, que durante un buen rato no pudimos contenernos delante de ella.

Y luego ya, después de que la enterramos, preguntaba «¿por qué no vamos a volver a ver a la prima?», y tal. Y comenzó a cuestionarse sobre la muerte. Yo creo que empezó a verla de forma negativa a partir de aquella experiencia.

Una de las cosas que preguntaba era que si la habían enterrado, cómo podía irse al cielo, ya que la habían tapiado.

Entonces su padre comenzó a explicarle lo del alma. Yo me había ido a Inglaterra, y ella me echaba de menos. Cuando estaba con el padre en la playa, volvió a preguntarlo. Y él le contó:

—Ves ahora que mamá no está aquí... Tú te acuerdas de ella, la sigues queriendo... Aunque tú no la veas, aunque no la sientas ni la toques, la sigues queriendo...

Y aludí a que eso que ella quería era «el alma».

Ella se sigue acordando de lo de mi prima. Y pregunta:

—Si alguien se muere con un hueso roto, por ejemplo el cuello, luego allí en el cielo ¿vuelve a estar bien?

Blanditos, no benditos

En el verano fuimos al cementerio de Cacabelos. José Ramón, el padre, estuvo allí un rato viendo la tumba de su abuela... Y Clara, su hija, de cinco años, le preguntaba:

—¿Y aquí está tu abuelita?

—No, no. Aquí están los restos de mi abuelita: los huesos... Lo que ha quedado de ella...

Y ahí quedó la cosa. Al cabo de unos meses, se conoce que ella lo fue elaborando y madurando, y dijo:

—En el cielo estaremos blanditos, ¿no?

—¿Y eso, por qué? A ver... —le dijo la madre.

—Porque, claro, si uno se muere, le entierran y los huesos quedan aquí en la tumba, quiere decir que en el cielo estaremos blanditos.

Vernos todos

Otra cosa que le habíamos dicho es que resucitaríamos todos algún día y que nos juntaríamos cuando se acabara el mundo y tal... Al cabo de algún tiempo, a raíz del nacimiento de alguien, dijo:

—Estoy un poco harta ya, ¿eh? ¿Cuándo va a acabar esto?

—¿Cuándo va a acabar qué?

—¿Cuándo va a acabar la gente de tener niños? Porque, claro, si uno tiene un niño, y luego crece y éste tiene otro niño, ¿cuándo se va a acabar el mundo para vernos todos en el cielo? Si todos tienen niños, nunca se acaba.

Mojarse el culo... en el cielo

Clara seguía preocupada por entender lo del cielo. Poco a poco iba encontrando sus respuestas. Un día, cuando tenía cinco años, dice a su madre:

—Yo creo que en el cielo vamos a tener un pequeño problema.

—¿Por qué?

—Porque si subimos a la nube y nos sentamos, vamos a tener todo el tiempo el culo mojado.

2. ESTEFANIA

Estefania es coruñesa y tiene una tía, Maruchy, con la que ha compartido muchos ratos.

Estefania es —era— la luz imprevista que llega como una oleada nueva en el momento más inesperado. Cuando tenía 6 años, por ejemplo, le pregunta su tía:

—¿Qué haces con el brazo fuera de la ventana con el frío que hace?

—No hago nada.

Y enseñando un termómetro que había descolgado, continúa:

—Estoy mirando cuánta fiebre tiene el tiempo.

El pecado manzanal

—¿Tú sabes lo que es el pecado original? —pregunta Estefania.

—Yo sí, ¿Y tú?

—Yo también. Me lo explicaron en el catecismo. Estaba Adán tan tranquilo y Eva lo invitó a una manzana que tenía el pecado original. Desde ese día lo tenemos todos. ¡Cualquiera come manzanas!

A los pocos días pide una manzana a la tía. Y le aclaró:

—La abuela me dijo que éstas, como las cuidan los paisanos del campo, se pueden comer. Estas no tienen nada... de «pecado manzanal».

De plena actualidad

Cuando tenía cinco años, un día llega del colegio y se baja del coche toda apurada:

—No te pares, tía, que un niño de mi clase me dijo que el rey Herodes mató al Niño Jesús y quiero ver lo que dice el telediarlo.

Buen resumen

Con un año menos, iba a misa con la tía. Al hacer la colecta, le dice a Doña Carmen, que pasaba la cesta:

—Fíjate: ahora piden las pesetas, dentro de un poquito os dan las pastillas... y enseguidita nos marchamos.

Los «santos» están fuera

Cuando tenía siete años, pasaba con su madre por delante del Palacio de Justicia, y comentó:

—Mira, tía, en esa iglesia se casó el tío José...

—No, mujer. Esa no es una iglesia. Es el Palacio de Justicia. José se casó por lo civil.

—Y, refiriéndose a las estatuas que están en la fachada, comentó:

—¡Ya me parecía raro! Los santos no están dentro; están todos fuera...

No era aborto

—¿Me das este tiesto?

—¿Para qué lo quieres?

—Para plantar el esqueje de esta planta.

—No. No lo arranques. Es pequeñito y tiene que estar con su mamá. ¿No ves que sólo tiene ese hijito? Si lo arrancas, queda muy triste.

Llevó la planta a la terraza y apareció con otra:

—Se lo arranco a ésta, que tiene cuatro, y ¡debe estar más harta...!

...Y se pone a dormir

Un día que ensalzaba a su madre, su tía quiso meterse con ella y le dijo:

—Mucho cuento con tu madre... Yo fui la primera que te dio un colino (abrazo) y un beso cuando naciste. Yo te cogí en mis brazos, y tu madre, durmiendo...

—Ja, ¡yo no me creo nada!

—Puedes creerlo, que es verdad.

Llega a su casa y pregunta:

—Abuela, ¿es verdad que el primer beso y abrazo me lo dio la tía? Dice que mamá dormía...

—Sí; las mamás cuando le nacen los hijitos, se duermen y, al despertar, se ponen muy contentas al tener el hijo a su lado. La tía te dio el primer beso, por eso te quiere tanto.

—¡Ya está bien mi madre! ¡Sabe que voy a nacer y se pone a dormir!

Con despertador

Un año más tarde, ya con siete, enseñaba a su tía un dibujo:

—Mira, de estos huevos nacen los pollitos... Ahora dibujo una gallina que es la mamá y los cuida. Ahora un gallo...

—¿Por qué pones un gallo en el gallinero?

—¿Para qué va a ser? ¡Para que los despierte!

Mejor con dibujos

Estaba leyendo un libro de poesías de Rosalía y se le hacía pesado tanta letra. Y dice:

—¡Qué lástima que Rosalía no supiera dibujar...!

ACTIVIDADES

1. Leer las anécdotas y ver la lógica que subyace a cada una de ellas.
2. Recordar y contar otras anécdotas de niños.
3. Seleccionar las que se refieran a un tema específicamente religioso. ¿Qué hay de común a todas ellas?
4. ¿Qué estilo educativo se ha de tener para favorecer la aparición de anécdotas como éstas?
5. Escribir un relato fantástico a partir de alguna de la lógica ilógica de alguna de las anécdotas anteriores.